



Claustro del Carmen, Detalle.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR D. JOSEPH XAVIER RODRÍGUEZ DE ARELLANO

Jesús M^a Macaya Floristán

Así reza el autor del libro *Doctrina de los Expulsos* -objeto de este artículo-: Pastoral que obedeciendo al Rey dirigía a su Diócesis en 1768.

Rodríguez Arellano es una víctima más del desconocimiento general, salvo excepciones, de aquellos navarros ilustres que vivieron en los siglos XVIII y XIX, quizá se podría extender a años anteriores, desde la conquista de Navarra por Fernando el Católico. Navarros que desarrollaron su actividad fuera de su tierra y no tuvieron gran influencia en su historia particular. Tampoco en Sangüesa es muy recordado este arzobispo, a pesar de ser el donante de la capilla existente frente a la entrada de la iglesia de Santa María, y del órgano barroco, que habiendo quedado muy deteriorado a consecuencia de las guerras napoleónicas y carlistas, fue sustituido por el actual. Un órgano en el que aprendieron sus primeras notas los ilustres músicos Buenaventura Iñiguez y Genaro Vallejos, y por ignorancia o por descuido premeditado no ha quedado ni un tubo como recuerdo.

Este eclesiástico nacido en Sangüesa en 1702, estudió en las Universidades de Huesca y Zaragoza. Fue Colegial Mayor de San Ildefonso de Alcalá, magistral de la catedral de Calahorra y canónigo Abad de San Vicente, dignidad de Toledo. En agosto de 1764 fue preconizado Arzobispo de Burgos y el 28 de octubre fue consagrado obispo. En esta Sede realizó importantes obras: convento e iglesia de San José, costeó el colegio de Saldaña, la pavimentación del suelo y reforma de la fachada de la Catedral. También donó tres ánforas de plata para los santos óleos y el manto de Nuestra Señora junto a una cruz de oro con diamantes. Antes de morir entregó a la Iglesia sus pontificales.

Falleció el 1-VI-1791 y le sucedió D. Juan Antonio XIV de Los Tueros, anteriormente había ocupado el mismo cargo que su antecesor en Toledo. En 2016 se celebrarán los 225 años de su desaparición, fecha muy indicada para conmemorar a este ilustre eclesiástico.

Su prestigio y fama estuvieron motivados por ser un seguidor de la Ilustración, poco común en el mundo eclesiástico español, y por ser brazo derecho de la monarquía en la expulsión de los jesuitas, causa que entristeció a uno de sus biógrafos: «por no poder borrar el recuerdo de sus prevenciones contra los jesuitas».

Una de sus principales obras es la citada Doctrina de los Expulsos, en la que expone las razones por las que se debe declarar enemigo público nº 1 a los jesuitas. Carlos III el 31-III-1777 aceptó sus argumentos y los de otros hombres influyentes como el Conde de Aranda; dio orden de invadir todas las casas de esta congregación, expulsando del país a todos sus miembros. Previamente, en 1766, se les inculcó de ser los causantes del Motín de Esquilache (este ministro había prohibido el uso de la capa larga y el chambergo por ser una vestimenta muy propia para los maleantes). La acusación tuvo el apoyo de otras congregaciones religiosas y de una parte del clero secular, entre éstos Rodríguez Arellano, uno de sus pilares más fuertes.

Puede parecer extraño que un Rey tan piadoso fuera capaz de semejante decisión, no lo es si comprobamos cómo las demás órdenes religiosas y parte del clero secular eran del mismo parecer (lógico si fuera cierto lo que afirmaba Rodríguez Arellano en otras páginas, que los jesuitas decían de los dominicos que «son gente sin crianza» y de los franciscanos unos estafalarios). No se puede olvidar la influencia francesa, es decir el Enciclopedismo, en la intelectualidad española, que entre otras cosas era partidaria de una menor dependencia del Vaticano y de una iglesia más nacional y obediente al Rey.

Inicia la Doctrina de los Expulsos pidiendo la extinción de las corrientes nocivas, si no se prohíben los libros que las propagan, y exhortando a aquellos a los que va dirigido el libro (congregantes de la Milicia Angélica, Profesores del Colegio San Nicolás y estudiantes del de San Pablo) a rogar a Dios por la salud del Monarca «que nos procura tanto bien». A él sí que le procuró, le había nombrado Prelado y Consejero, algo que agradeció toda su vida. Entre otras lindezas, el sangüesino acusaba a los jesuitas de propagar la noticia que Santo Tomás sabía poco latín, un santo al que Juan de Palafox (navarro ilustre) le apellidaba «el sol de la verdadera teología», una opinión que produjo tal disgusto en la orden jesuítica que motivó en ella oposición a su beatificación, «antes verás al diablo, que a Palafox en el Retablo». Él mismo se consideró un perseguido por ellos, al ser seguidor del Maestro Angélico.

Recriminaba a todos los que no acataban la orden del Monarca de suprimir Universidades, Estudios y Cátedras jesuíticas, su laxitud en el modo de pensar ha contagiado, pero los Prelados estamos para evitarlo; han perdido el poder -decía- y ahora lo tiene el Rey. Se congratula de que hayan sido expulsados en Venecia; el Dux llegó a exclamar que eran peor que una peste.

Aunque él -sabe guardar la ropa por lo que pueda venir- asegura que no propuso su expulsión, pero como buen súbdito acata lo que dicte el Rey, que no deja de ser una inspiración de Dios. Si un padre puede prohibir la lectura de ciertos libros a sus hijos ¿cómo no lo podrá hacer el Rey?



Emborrona páginas y páginas constatando (según su opinión) las calamidades de la congregación defenestrada. Hasta su fundador queda malparado, le acusa de haber propagado que Dios le había revelado que la Religión iba a ser sustituida por sus doctrinas; hasta Felipe II tuvo que escuchar de ellos proposiciones como la de Órdenes menores para las mujeres; que el agua que se pone en el Cáliz, aunque no se mezcle con vino, se consagra y se convierte en la Sangre de Cristo; que no se debe dar la Extrema-Unión a las japonesas porque eran vergonzosas; que la confesión se podía hacer por escrito; que en Quito, el jesuita Milanésio trataba a los indios como esclavos; que en Paraguay formaban ejércitos de miles de indígenas, etc., etc.

Advierte del peligro de la existencia de discípulos suyos en España que les siguen y pueden emponzoñar a los fieles. Les achaca el considerarse sabios, motivo por el que fueron reprendidos por los Papas; llega a tal extremo ese orgullo que llegaban a decir que todos se salvaban y el mismo Jesucristo salía para recibirlos en el cielo. Aunque -dice- no se puede negar que han tenido algunos hombres ilustres como San Francisco de Borja....

Algunas acusaciones pueden parecer hasta ridículas, no se si en aquella época podían ser consideradas como tales, eran otros tiempos y circunstancias. Les llegó a colgar el sambenito de que en Roma vendían chocolate y ponían J.H.S. con el fin de que se coma con más devoción, y que intentaron el regicidio del Rey de Portugal, además de defender la posibilidad de hacerlo con Luís XV de Francia. Pero aún se quedan cortas estas acusaciones con la que atribuía a un jesuita en Italia, defendía que no se pecaba por manosear los pechos femeninos (lo que no se sabe es si los italianos ante esta sentencia se volcaron en ello), y que la gula es lo mismo que el ayuno, ambos perjudican (estoy seguro que a sus compañeros de religión no les convenció).

Hay un comentario en la obra que tiene cierto interés por su rareza. Según él, los Bramas en la India tenía como distintivo un cordón con hilos y un bastón de nueve nudos; se frotaban la frente con cenizas y con el excremento de vaca; se lavaban muchas veces al día y los jesuitas les imitaban (nada grave si era para evitar los restos de vaca). Como creían en la transigración del alma no comían carne y utilizaban un calzado muy especial para no matar insectos al pisar, los jesuitas hacían lo mismo.

Narra una anécdota sucedida en Goa y contada en un libro italiano (aunque la pone en duda), que la Compañía con motivo del centenario de su llegada, salieron varios Padres en un carro triunfal y los estudiantes vestidos de ángeles tiraban de él; se les atascó una rueda y los demonios les ayudaron.

Para nuestro paisano lo que condujo a los jesuitas a América fue la codicia y no la salvación de las almas. Arruinaron iglesias y misiones. A los pobres japoneses los convertían para quedarse con lo que entregaban a los Bonzos. Ese caudal dinerario lo utilizan en impedir que se publiquen libros que no sean suyos. Además -como decía el Obispo de Puebla, aunque no cita ni cuando ni en donde- sembraron discordias con otras Órdenes. Si a esto añadimos que el invento de que tenían el comercio exclusivo de Angola, Gran Pará y Marañón, la opulencia jesuítica estaba cumplida. Tampoco se le puede negar cierta ironía en sus comentarios, se preguntaba por qué los jesuitas no tienen coro y no cantan, porque (nunca cantaron los pájaros de presa).

Después de todas estas acusaciones y muchas más que no relato para no cansar al lector, se pregunta el obispo sangüesino, ¿por qué ha durado su doctrina dos siglos?: los designios de Dios son inexcrutables. Predican una doctrina fácil y una Moral acomodaticia y eso complace; además eran muy próximos al trono Se lamenta de la diferencia en actuar que tenían en tiempos de Santa Teresa, a los que tenía en gran estima la ilustre mística, en esa fechas seguían a Santo Tomás y estudiaban en los Dominicos de Salamanca y de San Pablo de Valladolid.

Desde el punto de vista político se muestra gran defensor del poder de la Monarquía: «El principal fundamento de un edificio político es la veneración del Soberano». «El poder a disposición del pueblo es peor que la espada en manos de un loco». Culpa a los jesuitas de proclamar la doctrina de que el pueblo tiene capacidad de desobedecer las leyes injustas, siendo el pueblo mismo el que decide lo que es injusto y la posibilidad de destronar al Príncipe causante. Si esto es así, se pregunta ¿Quién vivirá tranquilo? Esto demuestra cómo ciertos jesuitas intentaron algunos regicidios en Francia, Portugal e Inglaterra o los apoyaron (no se como tenían tiempo para tanta actividad), y por qué fueron expulsados de Francia, Inglaterra, Escocia, Bohemia, Hungría, Moravia y Provincias Unidas.

Visto lo visto, le llega este pensamiento: ¿habrá alguien que sienta que se les expulse? Pues sí hay, a pesar de que más de uno ha dicho: «Si los jesuitas se han ido, ya se abrieron las puertas del infierno». El rey quiere con su Pragmática la «erección de Santos seminarios en que se hagan estos ejercicios (los ejercicios ignacianos) con utilidad del público». En ellos se debe enseñar a cada uno su profesión y que después elijan lo que les conviene. Así se subsanaría la errónea costumbre de que el primogénito ha de llevar la casa, y el segundo ha de darse al ejército o a la Iglesia, sin saber si sirven para las dos profesiones. También está en contra de la costumbre de que la mujer bien parecida se ha de casar y la fea monja, no dando al sacrificio los corderos mejores como Abel; sino los «apestados y roñosos» como Caín (en esto no se le puede quitar ni un ápice, estuvo acertado).

Tampoco acepta que los jesuitas sean necesarios para la buena educación. Son muchos los padres que al volver sus hijos y examinarlos el Cura de su lugar, se comprueba que no saben latín y griego, han perdido el tiempo y el dinero.

Termina afirmando que el Rey ha puesto remedio a todos esos males al obligar extinguir las Universidades, Estudios y cátedras jesuíticas, pero que no se tome como una prohibición de leer todo lo que escribieron «hasta la Novena de San Francisco Xavier porque fue obra del P. Estremera»; hay que condenar lo contrario a la Iglesia. Hay que defender, por orden del Rey, a Santo Tomás y San Agustín. «Salimos, gracias a Dios, a un solo golpe de nuestro invicto Soberano de cuánto fuego tenía abrasado el mundo». La Monarquía nos ha librado de unos hombres «que reuniendo en sus privilegios los de todas las demás Órdenes pasadas, presentes, futuras y aun posibles, se sobreponían con tal superioridad, y tanto ceño».

La frase final es quizá lo más acertado del libro: «No solo hay que cortar el árbol sino la raíz, en caso contrario volverán a reverdecer».

Aunque al lector le pueda parecer lo escrito por el ilustre sangüesino una sarta de barbaridades, sería necesario vivir en ese siglo para comprender, aunque no justificar, tales afirmaciones. No debemos olvidar que la fidelidad papal de los jesuitas es uno de sus principios básicos y Carlos III y sus

adláteres no lo veían con buenos ojos, la Ilustración -como se ha comentado- dejaba sentirse en los Borbones; además su prestigio intelectual era motivo de envidia para muchos. Rodríguez Arellano promovió realizaciones prestigiosas y escribió otros libros de gran solvencia, lo que está motivando investigaciones de gran interés, y que esperamos vean la luz pública próximamente. La Doctrina de los Expulsos la he expuesto como un documento político y curioso de lo que sucedía en ciertos ambientes religiosos e intelectuales españoles, Rodríguez Arellano no fue un caso único.